

VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2004.

La Anomia en la producción durkhemiana.

Guido, Luciana Mónica.

Cita:

Guido, Luciana Mónica (2004). *La Anomia en la producción durkhemiana*. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/254>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Título del Trabajo: **La Anomia en la producción durkhemiana**

GUIDO, Luciana Mónica

Estudiante de la carrera de Sociología de la UBA.

Correo electrónico: lucianaguido77@yahoo.com.ar

Resumen

La palabra *anomia* hace su aparición en la lengua francesa a través del filósofo – *sociólogo*–: Jean Marie Guyau y de esta manera, se inscribe en la disciplina sociológica naciente. Fue retomado el término por Emile Durkheim quien no es en consecuencia el inventor.

Para Guyau, la anomia moral, como ausencia de reglas apodícticas, fijas y universales, es característica de la ética de la edad moderna. Es una forma de moralidad que se ha ido creando con la extensión del conocimiento y de la racionalidad humana. La anomia es vista por Guyau en relación con una sociedad dinámica, es decir, que se transforma así misma, en la que el individuo actúa como creador efectivo de esa transformación.

En contraposición a Guyau, Durkheim establece que todo *hecho moral* consiste en una regla de conducta sancionada; no habría entonces moral sin el componente de obligación y sanción, siendo esto la antítesis del “individualismo anarquizante” de Guayau.

Lo importante es destacar que la “anomia” es utilizada por Durkheim para designar una de las patologías de la división del trabajo, retomándola, con posterioridad, para designar uno de los factores del suicidio en las sociedades modernas, instalando ésta palabra definitivamente impuesta en el vocabulario de la disciplina sociológica.

I Introducción: Genealogía de una palabra

La palabra *anomia* hace su aparición en la lengua francesa bajo la pluma del filósofo –sociólogo-: Jean Marie Guyau y de esta manera, se inscribe en la disciplina sociológica naciente. Fue retomado el término por Emile Durkheim quien no es en consecuencia el inventor.

El filósofo Alfred Fouillée “adoptó” espiritualmente a Guyau promoviendo sus obras, las cuales abordan temas –con excepción de la estética- que están en el centro de las preocupaciones de Durkheim: la moral, la religión, la educación.

Para J. M. Guyau (1854-1888), la anomia moral, como ausencia de reglas apodícticas, fijas y universales, es característica de la ética de la edad moderna. Es una forma de moralidad que se ha ido creando con la extensión del conocimiento y de la racionalidad humana. La anomia es vista por Guyau en relación con una sociedad dinámica, es decir, que se transforma así misma, en la que el individuo actúa como creador efectivo de esa transformación.

El concepto de anomia lo utilizó E. Durkheim, en 1893, en *La División del trabajo Social* –su tesis doctoral francesa-, para explicar las repercusiones socio-patológicas de la rápida división social y humana del trabajo durante la primera industrialización.¹

Si bien los dos autores tenían un mismo punto de partida -una crítica al utilitarismo y al kantismo- sus puntos de llegada son opuestos como se verá a propósito de la anomia.

Durkheim no ignoró las obras de Guyau y es por referencia a este autor que aparece la “anomia” en su tesis doctoral.

¹ Se tratará el análisis de la *anomia* durante el transcurso del trabajo. Estos comentarios son una primera aproximación a los *usos* de la palabra.

En fundamental resaltar que la palabra “anomia” no es, entonces, una adaptación del término griego, pues no es está en Guyau connotado “negativamente” como en el pensamiento griego en donde designa desigualdad, injusticia, impiedad, desorden. Por el contrario, la variabilidad moral, la desaparición del imperativo como característico de la moral futura - L'irreligion de l'avenir, étude sociologique (1887)- así como la “positiva” individualización de las reglas morales que rigen los criterios de conducta, las creencias en un progreso inevitable, pero que es al mismo tiempo *deseable*, caracterizan el concepto de anomia en Guyau, que se posa entonces, como un objetivo al cual tiende y debe tender la humanidad. (Heinz Hillmann; 2001)

Para el filósofo francés, el *ideal* de toda religión debe tender hacia la “anomia religiosa”, hacia la franqueza del individuo, hacia la supresión de toda fe dogmática. Durkheim, a diferencia de Guyau, no comparte la valoración “positiva” del *individualismo* –término que el filósofo emplea a veces en forma intercambiable con *anomia*- admitiendo sólo el progreso de la libertad individual, sino que observa que el individuo cuanto más autónomo es, más estrechamente depende de la sociedad. Si bien Durkheim le reconoce a Guyau haber comprendido la religión como un fenómeno sociológico, le reprocha su intelectualismo excesivo, y se refiere a esto en el segundo prefacio de La división del trabajo social: “En vano, para justificar este estado de irreglamentación, se hace notar que favorece el vuelo de la libertad individual. Nada es más falso que este antagonismo que se pretendió establecer muy a menudo entre la autoridad de la regla y la libertad (la libertad justa, la que la sociedad tiene el deber de hacer respetar) es ella misma el producto de una reglamentación. (Durkheim, 1973:8)

En contraposición a Guyau, Durkheim establece que todo *hecho moral* consiste en una regla de conducta sancionada; no habría entonces moral sin el componente de obligación y sanción, siendo esto la antítesis del “individualismo anarquizante” de

Guyau. “Una regla, en efecto, no sólo es una manera de actuar habitual; es, ante todo, una manera de actuar obligatoria, es decir, sustraída, en alguna medida, al arbitrio individual. Ahora bien, sólo una sociedad constituida goza de la supremacía moral y material indispensable para hacer la ley de los individuos; pues sólo la personalidad moral que esté por encima de las personalidades particulares es la que forma la colectividad.” (Durkheim, 1973:10)

Lo importante es destacar que la “anomia” es utilizada por Durkheim para designar una de las patologías de la división del trabajo, retomándola, con posterioridad, para designar uno de los factores del suicidio en las sociedades modernas, instalando ésta palabra definitivamente impuesta en el vocabulario de la disciplina sociológica. No obstante, la palabra anomia, no es frecuente en las obras de Durkheim; si bien aparece en La división del trabajo social, en el prefacio de la segunda edición de éste libro y en El Suicidio, el término está prácticamente ausente en otros escritos de Durkheim.

Es importante rescatar que en El Suicidio, la palabra “anomia” es utilizada como adjetivo más que como sustantivo, por ejemplo, “el suicidio anómico”. Cuando aparece como sustantivo, está acompañada de una especificación: “anomia económica, doméstica, conyugal, sexual”. Cuando no está acompañada de una especificación es muy extraño su uso, lo que puede generarnos una suerte de incertidumbre sobre el significado preciso del término.

II La anomia en La división del trabajo social:

En el libro tercero de su tesis doctoral *La división del trabajo social* (1893), consagrado a las formas anormales de la división del trabajo, Durkheim utiliza por primera vez el concepto de anomia. Si bien, el problema de la *reglamentación* y de la ausencia de los *centros reguladores*, se encuentra en otros lugares de la obra,

éste estudio concentrará su interés sobre el libro tercero donde la noción de “anomia” en la producción durkhemiana encuentra su primer campo de aplicación.

No discutiremos la tesis de Durkheim sino que este análisis centrará su atención en el concepto de anomia pues, según Durkheim, el estudio de las formas desviadas permite determinar mejor las condiciones de existencia del trabajo normal. Así es que “Aquí como en cualquier otra parte, la patología es un precioso auxiliar de la fisiología.” (Durkheim, 1973: 302)

Si bien, *La división del trabajo anómica* se presenta en varias oportunidades en el transcurso de su obra; Durkheim comienza con la descripción de tres ejemplos de mal funcionamiento de la división del trabajo: en primer lugar, las crisis comerciales o industriales, como así también, las quiebras, las cuales dan testimonio de un mal ajuste de las funciones sociales. En segundo lugar, el antagonismo del trabajo y el capital que aumenta también con la división del trabajo y que es particularmente agudo en la gran industria. Por último, en tercer lugar, la pérdida de la unidad de la ciencia que resulta de la especialización creciente de los científicos.

Se notará que estos tres fenómenos podrían aparecer como las consecuencias inevitables del desarrollo de la división del trabajo. Durkheim se ajusta a demostrar lo contrario oponiéndose a este diagnóstico –que era aquel de Comte- y deja de lado el *remedio* que éste último proponía: el refuerzo del órgano gubernamental. Esta distinción se apoya en que el gobierno no puede a cada instante regular la marcha de la economía, fijar el precio, adaptar la producción al consumo; lo mismo que la filosofía parece incapaz de asegurar la unidad de la ciencia, puesto que “La filosofía es como la conciencia colectiva de la ciencia y, aquí como en otra parte, el rol de la conciencia colectiva disminuye a medida que el trabajo se divide.” (Durkheim, 1973: 310)

Según Durkheim, este debilitamiento de la conciencia colectiva es un fenómeno normal que no explica los fenómenos anormales en cuestión.

Estos fenómenos anormales provienen de las condiciones de existencia de la solidaridad orgánica. De acuerdo a esto, Durkheim distingue tres condiciones necesarias para el buen funcionamiento de las sociedades modernas: la existencia de un sistema de relaciones entre los órganos y los elementos solidarios, la toma de conciencia por parte de los elementos de su solidaridad, la reglamentación que *predetermina*, al menos en grandes líneas, la manera en la cual deben habitualmente concurrir.

Es esta última condición, la que no se cumple en los tres ejemplos mencionados más arriba, a saber: “la reglamentación o no existe o no está en relación con el grado de desarrollo de la división del trabajo” (Durkheim, 1973: 312)

La ausencia de coordinación le parece sobre todo característica de las ciencias morales y sociales. Falta una disciplina que sustancialmente concrete un fin común: esta disciplina no nominada es evidentemente la *Sociología* y esto se manifiesta en el principio del proyecto que encarna *L'Année sociologique*.

La anarquía propia de las ciencias morales y sociales no deviene de la falta de un sentimiento común de sus semejanzas, sino fundamentalmente de que ellas no están organizadas.

Y es aquí que se desarrolla y se sitúa la indudable *intronización* de la palabra anomia en la obra de Durkheim: son todos fenómenos de la misma especie; “(...) en todos los casos si la división del trabajo no produce solidaridad, es porque las relaciones entre los órganos no están reglamentadas, es porque están en un estado de anomia.” (Durkheim, 1973: 313)

Durkheim funda de esta forma la utilización del vocablo, girando hacia la búsqueda de su causa, en vez de a la caracterización del mismo. Efectivamente, el “estado de

anomia” no puede provenir de la insuficiencia del contacto entre los órganos, pues esta reglamentación es – como la concibe Durkheim- el resultado casi *mecánico* de esos contactos, que al ser frecuentes entre los órganos solidarios y contiguos, se regularizan ellos mismos y el tiempo acaba poco a poco la obra de consolidación. Por lo tanto, un conjunto de reglas no es más que la forma definida que toman, con el tiempo, las relaciones que se establecen *espontáneamente* entre las funciones sociales.

Siguiendo nuestro razonamiento, la anomia no puede producirse si la contigüidad de los órganos es insuficiente, o bien si siendo suficiente, es muy reciente o tiene poca duración, sino que la falta de contigüidad y de interacción entre los elementos de un sistema es causa de la anomia, es decir, de una regulación insuficiente de sus lazos.

En los ejemplos analizados, Durkheim no explicita cuáles son las circunstancias excepcionales en que se produce la anomia: en el primer caso, se refiere a la falta de contacto entre productores y consumidores, que estaban próximos unos a otros en las sociedades segmentarias. De acuerdo a esto, en las sociedades industriales organizadas donde hay un mercado único que tiende a devenir universal, -los consumidores están dispersos en todo el país o en el mundo- los productores no pueden representarse los límites de este mercado porque es, por así decirlo, ilimitado. Se agrega a la falta de contigüidad, la falta de producción de reglas. Así mismo la aparición de las crisis cíclicas de depresión – expansión, donde la depresión proviene ella misma de la extensión del mercado, nos hacen entrever el sentido profundo de la inducción durkhemiana de la anomia.

Si bien Durkheim enumera las consecuencias de la aparición de la gran industria no las articula una con otra; por ejemplo el obrero con un régimen de trabajo diario muy elevado vive más alejado de su familia que del trabajo, en este caso, la falta de

contigüidad de los roles es poco significativa. Sí es más ilustrativa la relación antagónica entre capital y trabajo, que encuentra su explicación en la rapidez de las transformaciones que han afectado la vida industrial y que, por su celeridad no han permitido a los intereses en conflicto equilibrarse.

Pareciera, sin embargo, que Durkheim se encuentra más “cómodo” con el tercer caso de la situación anómica, es decir el referido a las ciencias morales y sociales, pues el carácter reciente de estas basta para explicar la ausencia de contacto entre los especialistas. Éstos al estar dispersos, en este vasto campo, no han podido tomar conciencia de su solidaridad. En el desarrollo de sus investigaciones se dará el contacto ineludible llegando a entender que “todos colaboran en la misma obra” (Durkheim, 1973: 315)

Nuestro retorno a los tres ejemplos de situaciones patológicas para explicar inductivamente la anomia, merece una importante observación: mientras que en el primero la crisis se acentúa, en el tercero - la ciencia- se retrae progresivamente. En este último caso, si bien la noción de anomia se enriquece, también se problematiza: la contigüidad objetiva de los especialistas de diferentes ciencias sociales es más reciente porque ha tenido primero conciencia de su solidaridad y *a fortiori* reglamentación de sus uniones. Por lo tanto, y por estas razones, la anomia es aquí una situación “pasajera” que no puede sino desaparecer.

A diferencia de este caso, en relación a las crisis económicas, la anomia aparece más como una situación estructural, no vislumbrándose cuáles condiciones objetivas o morfológicas podrían contribuir al ajuste de la producción y el consumo. Las dificultades en este caso, no responden a su manifiesto optimismo. Debemos apuntar, no obstante, que más adelante en la obra que nos ocupa, Durkheim dirá que para poner fin a esta situación de anomia económica se debe formar un grupo: el *grupo profesional*, gracias al cual el sistema de reglas se podrá constituir.

Para analizar la segunda forma anómica el “trabajo en partes”, debemos tener en cuenta que, en el momento donde se escribe el estudio, la producción en gran serie apenas comenzaba en Estados Unidos. Durkheim describe los problemas del trabajo fragmentado, es decir “en partes” que pueden devenir de la especialización excesiva de los trabajadores. El trabajador, todos los días repite los mismos movimientos pero sin interesarse en comprenderlos. Reducido al rol de máquina no es más que algo inerte, ante el cual no podemos quedar indiferentes desde el punto de vista de la naturaleza humana.

Sin embargo en este punto, Durkheim no hace más que retomar un tema ya desarrollado por Augusto Comte, a quien por otra parte cita en la obra. Durkheim señala que estos hechos no los produce la división del trabajo salvo que esté desnaturalizada, bajo circunstancias excepcionales., y por otro lado la división del trabajo normalmente desarrollada no supone que el trabajador pierda de vista sus colaboradores, sino por el contrario, que accione sobre ellos y ellos sobre él. Por consiguiente, “(...) no es una máquina que repite movimientos cuya dirección no percibe (...)” (Durkheim, 1973: 316) Él sabe que su actividad tiene un sentido y se concibe más o menos el fin. La división del trabajo por lo tanto, normalmente desarrollada, es una fuente de solidaridad.

Empero, las tentativas de movimiento de las relaciones humanas buscando la solidaridad moral y la cooperación, demuestran que esta interdependencia técnica de las tareas no produce por ella misma una interdependencia moral, por lo tanto, el tipo de solidaridad que puede producirse entre los trabajadores no sería orgánica sino mecánica, en la medida en que ella nace de las similitudes, de la conciencia de las condiciones de trabajo comunes, intereses comunes y valores comunes.

No obstante el punto más importante en esta forma anómica - analizando el fin del capítulo sobre la división del trabajo anómico- reside en el contenido del concepto

de anomia que desarrolla Durkheim y en su destino ulterior. La ausencia de la significación en el trabajo debida a la no percepción del rol en el proceso de producción es uno de los componentes de la anomia junto con la ausencia de planificación y de reglamentación normativa de las relaciones industriales. Sin duda hay una analogía entre la situación del trabajador parcelario y aquella del especialista de una de las ciencias sociales: en los dos casos la solidaridad objetiva con los roles vecinos no es percibida.

La patología del trabajo en “partes” no sería corregida por una reglamentación de lazos entre los órganos, es más un problema de “iluminación” del horizonte; o sea, el *remedio* a la especialización excesiva es que el trabajador sea conciente de una cierta “porción” del horizonte social a fin de comprender el sentido de su actividad. La excesiva especialización y la ausencia del significado en el trabajo se acerca a la noción de egoísmo -como ella está desarrollada en el suicidio-, aunque las nociones de anomia y egoísmo están diferenciadas entre sí pues corresponden a las dos dimensiones sociales antes mencionadas: la regulación y la integración.

La coacción en la división del trabajo:

La importancia de esta forma anormal reside en que Durkheim analiza acá la desigualdad, entre otras, de la lucha de clases.²

Discierne dos suertes de desigualdad ligadas una a la otra que ponen en peligro la solidaridad orgánica: La primera consiste en la no correspondencia entre la distribución de aptitudes –dones hereditarios- y aquellas de los roles sociales, la desigualdad de chances en el acceso a las posiciones socio profesionales o como lo expresa Durkheim la desigualdad “en las condiciones exteriores de la lucha”. (Durkheim, 1973: 321) Por lo tanto, si los individuos no pueden ocupar el lugar en la

² Estas desigualdades en las condiciones de lucha supone, para Durkheim, considerar el problema de la herencia, el acceso a la educación y los dones naturales.

sociedad conforme a su talento o su mérito la coacción “sólo comienza cuando la reglamentación, deja de corresponder a la verdadera naturaleza de las cosas y, en consecuencia, deja de basarse en las costumbres y se mantiene por la fuerza” (Durkheim, 1973: 320). Por el contrario, en condiciones de desarrollo “normal” la solidaridad orgánica exige que el trabajo se divida espontáneamente, es decir, “(...) el trabajo sólo se divide espontáneamente si la sociedad está constituida de manera tal que las desigualdades sociales expresan exactamente las desigualdades naturales.” (Durkheim, 1973: 320)

Si bien es cierto, como sostiene Durkheim, que la *espontaneidad perfecta* no se encuentra en ninguna parte, sin embargo, en la medida en que nos elevamos en la escala social y vemos desaparecer el tipo segmentario bajo el tipo organizado, éstas desigualdades tienden a equilibrarse y a nivelarse completamente, es decir, la evolución de las sociedades marcha en el sentido de la reducción de las desigualdades exteriores. Las ideas de igualdad se extienden y expresan la nivelación que es inevitable en las sociedades organizadas.

¿Cuándo se produce entonces la coacción en la división del trabajo? Hay una coacción en la división del trabajo cuando por ejemplo, el actor social no ocupa el lugar que se merece en la jerarquía socio profesional. Si una clase social es obligada -precisa Durkheim- para poder vivir a otorgar a cualquier precio sus servicios, mientras que otra puede pensar, la segunda hace injustamente la ley para la primera. En otras palabras, no hay ricos y pobres de nacimiento sin que haya contratos injustos.

De acuerdo a esta concepción de Durkheim según la cual la sociedad presenta dificultades y contradicciones, hay un punto sobre el cual nos detendremos: la identificación sorprendente que hace aquí Durkheim a propósito del trabajo anómico entre este que **es** y lo que debería ser, es decir, entre el ser y el deber ser, que es la

división del trabajo espontánea, la cual permite el libre desenvolvimiento de la fuerza social que cada uno lleva en sí. Este “deber ser” es algo que no se presenta en la sociedad en toda su pureza, en consecuencia se considera como un estado “anormal” un estado que de hecho no está conforme a un *modelo ideal*.

Mientras que en un caso de ausencia de reglamentación que es patológico y en el otro, de su presencia, pero que causa un mal en sí misma por ser coactiva, se sitúa la solidaridad orgánica normal. Si bien no hay simetría entre estos dos surcos o fuentes de malestar social, son bien diferentes entre sí y con miradas opuestas. En las conclusiones Durkheim se refiere bien a que estas dos formas son independientes entre sí, pues no es suficiente que halla reglas, hay que hacer que “estas reglas sean justas” para cesar la anomia, atenuando más las desigualdades externas, introduciendo más justicia en la relación entre los órganos, pues todas estas son a su criterio los factores distintivos y principales del malestar social en las sociedades industriales

La división del trabajo *burocrático*:

A esta tercera forma anómica de la división social del trabajo Durkheim no le otorga la misma importancia que a las dos precedentes: no la nombra, la titula como “otra forma anormal”, no la evoca en su conclusión y le consagra menos páginas.

Llamaremos entonces “burocracia” (Besnard, 1987) a esta tercera forma anormal, no solamente por la necesidad de darle un nombre, sino interpretando lo que analiza Durkheim - que le confiere ciertas connotaciones peyorativas - en relación a una especialización extrema conjugada con una débil productividad y una mala adaptación de las funciones entre ellas. Los “raros” ejemplos dados parecen justificar el término que le hemos dado: una administración donde cada empleado no tiende a ocuparse adecuadamente.

Esta tercera forma anormal se produce cuando la actividad del trabajador es insuficiente y esta insuficiencia tiene como consecuencia la descoordinación de funciones y la pérdida de la solidaridad. Como las disfunciones provienen del poder director, no es por este poder como se pueda remediar, por ejemplo, con una nueva distribución del trabajo. El punto al que se refiere particularmente Durkheim es que cada trabajador esté lo suficientemente ocupado, no para evitar el gasto económico sino para el buen funcionamiento de la organización. No alcanza que cada funcionario se “enquiste” en una tarea determinada, es necesario también que su actividad sea suficiente para que él sienta la solidaridad con los *funcionarios vecinos*. Fundándose en las analogías orgánicas, Durkheim sostiene que *el grado de actividad determina el grado de solidaridad* (Durkheim, 1973: 332), por lo tanto esta debe ser continua, pues las funciones de un organismo se vuelven más activas a condición de ser más continuas. Cuando las funciones se vuelven más permanentes, tienen necesidad unas de las otras, sienten mejor su dependencia. Durkheim toma aquí el ejemplo de la gran industria, en la cual los obreros son más dependientes mutuamente, lo que siguiendo su análisis debería llevar a la disminución de las huelgas.

La crítica que podemos señalar se refiere a la unión postulada entre el grado de actividad y su continuidad: todo avance real del trabajo en la industria del siglo XX contradice esta tesis. Efectivamente el trabajo en cadena pone de manifiesto operaciones no terminadas siendo la actividad funcional y el consiguiente intercambio entre los trabajadores muy reducido. Si se admite que la organización científica del trabajo ajusta rigurosamente la tarea entre las funciones, no es por ello portadora de solidaridad orgánica. También, siguiendo nuestro razonamiento, se observa que la actividad funcional se degrada a medida que el trabajo parcelario se

intensifica, lo que contradice la retórica optimista manifestada por Durkheim en el análisis de las formas anormales.

La conclusión de Durkheim es que para que las tareas de cada trabajador sean repartidas en forma insuficiente se necesitan ciertas circunstancias excepcionales, sobre las cuales no da muchas precisiones. Normalmente, la especialización va a la par del aumento de la actividad y se observa que en la evolución de las sociedades el trabajo deviene más continuo cuando se lo divide de antemano, perdiendo progresivamente su irregularidad y su intermitencia para convertirse en una ocupación permanente, un hábito, una necesidad.

Durkheim termina por encontrar en el examen de esta forma anormal tan excepcional una nueva razón que hace de la división del trabajo una fuente de cohesión social, ella crea la solidaridad, no solamente porque limita la actividad de algunos, sino también porque la aumenta. “Así se nos lleva a reconocer una nueva razón que hace de la división del trabajo una fuente de cohesión social. No sólo vuelve solidarios a los individuos, como dijimos hasta ahora porque limita la actividad de cada uno, sino además porque la aumenta. Acrecienta la unidad del organismo, por el solo hecho de que aumenta la vida del mismo; al menos en estado normal, no produce uno de estos efectos sin el otro. (Durkheim, 1973: 333)

Relaciones entre las formas anormales:

Este examen de formas anormales de la división del trabajo muestra que Durkheim identifica, a su manera, los principales problemas sociales por los que atraviesan las sociedades industriales: el grado de organización y planificación deseable, el trabajo repartido o en partes, ha conducido a la alineación del trabajador, la desigualdad de oportunidades, la burocracia. Sin duda, nos asombra en parte el optimismo de Durkheim ante estos problemas; pero es necesario ver bien que este optimismo es en gran parte una retórica guiada por la necesidad de demostrar que la división del

trabajo puede ser la fuente de una nueva solidaridad social, haciendo de la persona humana el centro de la moral social.

Lo que interesa sobre todo aquí, es que si bien Durkheim no hace alusión a los lazos entre las tres formas anómicas, ni a su modo de articulación, lleva el análisis de la anomia a lo específico.

Se puede, comparando las tres formas anormales, considerar como en toda tríada los lazos entre dos elementos y lo que los separa de un tercero: por ejemplo la “anomia coactiva” y la división del trabajo anómica. Es posible analizar esta “pareja” puesto que la solidaridad orgánica normal se sitúa entre los dos casos patológicos.

A su vez, la división del trabajo anómica y la coacción tienen en común estar ligadas a las sociedades modernas. Del mismo modo se pueden relacionar la anomia con la burocracia, oponiéndola a la coacción. La coacción y la burocracia tienen en común ser el resultado de la intervención del poder director y se oponen en esto a la anomia. Pero la anomia (división del trabajo anómica) presenta un trato distintivo por parte de Durkheim, a saber que ella es el resultado de la transformación estructural profunda y rápida al tiempo que aparece como un mal más pernicioso que las otras dos.

Durkheim se esfuerza en demostrar que las desigualdades exteriores están en vías de disminución y que no surgen del cambio de las sociedades segmentarias a las de tipo organizado; la anomia, sin embargo, surge de ese cambio.

Se prefigura a través del análisis anterior la importancia que la anomia tendrá, no ya vinculada a la división del trabajo, sino al suicidio y el contenido de esta temática, cuatro años más tarde.³

³ En general, Durkheim aprueba el fenómeno de la división orgánica del trabajo. Ve en él un desarrollo normal, y en definitiva, feliz de las sociedades modernas. Sin embargo, observa también que no siempre el hombre está satisfecho de su suerte en esas sociedades.

III La reconstrucción de las tipologías de los suicidios:

Durkheim distingue tres tipos de suicidios: egoísta, altruista y anómico al cual se ajusta un cuarto tipo, de menor importancia, el suicidio fatalista. El suicidio depende de dos variables sociales: la *integración* y la *regulación*. Los cuatro tipos de suicidios tomados en el estado extremo de sus dimensiones son para el primer caso, el egoísmo y el altruismo y para el segundo la anomia y el fatalismo.

Pero es importante mencionar que el tratamiento que Durkheim realiza del suicidio fatalista - el cual queda relegado a una nota al pie de página- ha dado lugar, en la problemática durkhemiana, a hacer del El suicidio un libro “abierto” a las interpretaciones más divergentes. Por otro lado, principios de construcción y de diferenciación de los tipos de suicidios y en particular la distinción entre las dos variables independientes han dado lugar a las lecturas más diversas y han sido objeto de una verdadera controversia entre los comentaristas de Durkheim.

Analizaremos ahora la anomia aguda y la anomia crónica.

Anomia aguda y anomia crónica:

La distinción entre *anomia aguda* y *anomia crónica* es muy explícita en El suicidio, vinculadas ambas al análisis de la anomia económica. Durkheim comienza, en efecto, por estudiar los impactos de las crisis económicas y las “rupturas de equilibrio” que ellas provocan sobre la tasa de suicidio antes de oponer a esta anomia que se produce por “accesos intermitentes y bajo la forma de crisis aguda” (Durkheim, 1999: 219) una otra forma de anomia, “el estado crónico” (Durkheim, 1999: 219) “que es un factor regulador y constante” de suicidio. Para comprender esta oposición se debe primero disipar un malentendido posible: la anomia aguda no es aquí una forma extrema de anomia

Las crisis económicas constituyen el primer y principal de los ejemplos dados por Durkheim de la anomia aguda: ya se trate de desastres económicos o al contrario de

crisis de prosperidad, es decir de felicidad, implica siempre repentinas transformaciones. En los dos casos el *orden colectivo* es temporariamente perturbado. Esta “anomia de crisis” encuentra su correlato inmediato en la anomia que sirve al “estado crónico”: “en el mundo de comercio y de industria” Durkheim; 1999: 219). Pero rápidamente Durkheim extiende su análisis y esta anomia crónica aparece como el reverso del progreso económico característico de las sociedades modernas en las cuales el fin último es la prosperidad industrial y donde “El poder gubernamental, en vez de ser el regulador de la vida económica, se ha convertido en un instrumento y su servidor” y el *desencadenamiento de los deseos*, la *efervescencia* (Durkheim, 1999: 220) propia del sector industrial y comercial son extendidos al resto de la sociedad. Por lo tanto “El estado de crisis y de anomalía es constante, y, por así decirlo, *normal*” (Durkheim, 1999: 220). Es por eso que las expresiones como “anomia crónica” o “anomia de estructura”, son sin duda muy débiles, pues la anomia está, de alguna manera, institucionalizada y se sitúa en el corazón del sistema de valores de la sociedad moderna. Si ella expresa la normalidad de esta sociedad, revela también la naturaleza patológica. No se sabría en consecuencia subrayar el aspecto crítico del concepto de anomia ya que sobrelleva él mismo una condena vigorosa y casi vehemente de la ideología de la sociedad industrial.

Aquí, desde esta visión, recordamos un fragmento “típico” donde la fuerza de la convicción que anima Durkheim se expresa también por una cierta búsqueda de estilo, como es a menudo el caso que en las páginas de *El suicidio* consagra a la anomia: “Y sin embargo, estas disposiciones son tan inveteradas, que la sociedad se ha hecho a ellas y se ha acostumbrado a verlas como normales. Se repite sin cesar que está en la naturaleza del hombre de ser un eterno descontento, ir siempre para delante sin tregua ni reposo, hacia un fin indeterminado. La pasión del infinito se

presenta diariamente como una señal de distinción moral, siendo así que no puede producirse sino en el seno de las conciencias desordenadas y que erigen en regla el desorden que sufren. La doctrina del progreso, a pesar de todo y lo más rápido posible, se ha convertido en un artículo de fe. (Durkheim, 1999: 222)

Esta dualidad: anomia de crisis/anomia institucionalizada no es propia sólo del análisis de la anomia económica, se la encuentra a propósito de la familia y del casamiento. A la anomia de crisis consecutiva a través del brusco cambio de un estado a otro -por ejemplo: viudez, divorcio-, se opone la anomia conyugal que inscripta en la ley por la institución del divorcio afecta a los esposos. Se ve en este ejemplo que la anomia está institucionalizada en el sentido más estricto del término porque ella se ha vuelto una institución jurídica.

Pero este ejemplo nos muestra también que las dos modalidades de la anomia no son tratadas en el mismo plano por Durkheim: él acuerda otorgarle mucha más importancia a la anomia crónica que a la aguda. “Pero hay otra variedad del suicidio anómico en la que nos hemos de detener, tanto porque es más crónica como porque ha de servirnos para poner en claro la naturaleza y las funciones del matrimonio” (Durkheim;1999: 223) Las ilustraciones de la anomia aguda son, en total, poco numerosas en El Suicidio, podemos resaltar las siguientes: el brusco cambio de situación económica, la anomia doméstica, a la vez, que se puede agregar una alusión a otro cambio repentino la jubilación de los oficiales y los suboficiales del ejército. Toma como punto de partida empírico el ejemplo de las crisis económicas, situando en el primer plano de sus preocupaciones la anomia crónica porque pretende demostrar que la anomia es en las sociedades modernas un factor de suicidio no solamente específico sino regular, “(...)una fuente en la que se alimentan el contingente anual” (Durkheim, 1999: 223)

Sería excesivo sostener que Durkheim es indiferente a la anomia aguda o bien que considera que esas dos formas de anomia son reductibles la una a la otra. Se está en presencia de dos modalidades distintas. Sin duda no dejan de estar entrelazadas ya que, de acuerdo a Durkheim, la anomia crónica favorece la aparición de la anomia aguda: si las catástrofes económicas, menciona el autor, “son tan fecundas” en suicidios es por “el estado moral” de anomia crónica, en el seno del cual ellos se producen y a parte se multiplican, pues “los fracasos crecen con los riesgos” (Durkheim, 1999: 221). Sin duda la anomia en sus dos modalidades está ligada a un cambio. Pero en un caso ella es el producto de un cambio brusco del universo social de referencia; mientras que en el otro ella resulta de que el universo social está cambiado y se halla ausente de referente.

Anomia progresiva y anomia regresiva:

Esta dualidad de anomia no es la única que está explícita en El suicidio; se agrega a otra dicotomía muy neta que constituyen la *anomia regresiva* y la *anomia progresiva*.⁴

El capítulo sobre el suicidio anómico comienza, en efecto, por la constante de un *hecho conocido*: “las crisis económicas tienen una influencia agravante”(Durkheim, 1999: 206). Según Durkheim no es la situación de miseria la que explica esta agravación; él cree poder afirmar, en razón de la fragilidad y de la disparidad de los hechos empíricos que utiliza, que “(...) hasta en las crisis dichosas, cuyo efecto es el de acrecentar bruscamente la prosperidad de un país, influyen en el suicidio lo mismo que los desastres económicos”.(Durkheim, 1999: 208) Durkheim nos invita a analizar el factor anómico de esta argumentación de los suicidios a partir de lo que tienen en común en las dos situaciones simétricas: son crisis, es decir,

⁴ Se hará referencia en el presente análisis al capítulo dedicado en *El Suicidio* “Las formas individuales de los diferentes tipos de suicidio”.

perturbaciones del *orden colectivo*. En ambos casos la sociedad es provisoriamente incapaz de ejercer su acción reguladora sobre los deseos individuales. Así la anomia será la intersección de la anomia regresiva y de la anomia progresiva.

Esta es al menos la interpretación que puede deducirse de una lectura superficial de ciertas páginas de El suicidio. Nosotros quisiéramos mostrar que esta concepción de anomia presenta muchas contradicciones internas y que oponiendo la anomia regresiva a la anomia progresiva, Durkheim no ha hecho más que plantear una falsa simetría.

Comenzando por los indicios más materiales y más exteriores se notará que los párrafos concernientes a la anomia progresiva son más largamente desarrollados que los que consagra a la anomia regresiva. Se observará igualmente que la palabra anomia aparece por primera vez en El suicidio y en el contexto de las crisis felices, de prosperidad. Por otro lado es evidente que este segundo tipo de crisis es el que interesa ante todo.

Durkheim en su crítica permanente al utilitarismo, intenta mostrar que el empobrecimiento no es en sí mismo un factor de suicidio. El sentido común concuerda en *ligar* el suicidio a las crisis económicas. El paralelismo que introduce Durkheim entre crisis económicas en sentido habitual del término y crisis de prosperidad es de hecho un modo de refutar esta idea recibida. Durkheim subraya que, generalmente, el desastre económico lejos de tener una influencia agravante sobre el suicidio produce sobre todo un efecto contrario. (Durkheim, 1999: 210)

Es en las formas individuales de suicidio anómico donde aparecen las expresiones *regresivas y progresivas*, “Ya sea progresiva, o regresiva, la anomia, al franquear las necesidades de la medida que conviene, abre las puertas a las ilusiones, y, por consiguiente, a las decepciones” (Durkheim, 1999: 248). ¿Cómo la anomia regresiva podría ser fuente de ilusión? En el ejemplo que da Durkheim de un hombre

que bruscamente es arrojado por debajo de la condición a la cual estaba acostumbrado y no puede dejar de exasperarse al sentir escapársele una situación de la que se creía dueño, se puede comprender que hay decepción y exasperación; pero las ilusiones y las desilusiones, no pueden proceder más que de la anomia progresiva y de este traspaso de la medida en que ella implica.

Durkheim pasa muy rápidamente en la secuencia del mismo razonamiento de la anomia regresiva para centrar su interés sobre la anomia progresiva donde “el individuo, es arrastrado (...) pero sin regla ni medida, a sobrepasarse perpetuamente a sí mismo” (Durkheim, 1999: 248). Distingue tres situaciones típicas de la anomia progresiva conducentes al suicidio. En el primer caso, el individuo se encuentra con falta de objetivos que se cree capaz de alcanzar. Es el suicidio de los incomprendidos “tan frecuente en las épocas donde no hay clasificación reconocida” (Durkheim, 1999: 248). No dando mas detalles sobre este tipo de anomia progresiva, Durkheim nos deja en una cierta perplejidad porque la necesidad del nexo entre la ausencia de calificación reconocida, el exceso de aspiración en relación a las propias capacidades y el hecho de ser un incomprendido no parece ser tan evidente. El segundo tipo de situación individual es mas precisamente descrito e ilustrado, el individuo que ha triunfado durante un tiempo en satisfacer todos sus deseos y sus gustos de cambio viene a experimentar de repente “una resistencia que él no puede vencer” (Durkheim, 1999: 248). Estamos en presencia aquí de un contexto de progresión, porque no solamente las aspiraciones son de un nivel elevado sino que ellas han estado prolongadamente satisfechas. Esta “curva ascendente” puede conducir al individuo al suicidio. Esta resistencia no es necesariamente muy fuerte como lo muestra porque cerca del ejemplo discutible de Werther “ese corazón turbulento” y de los artistas , que después de haber estado colmados de sucesos se

suicidan por un silbido que escucharon, por una crítica un poco severa o porque su moda pasó.(Durkheim, 1999: 248)

Pero la tercera “forma individual” distinguida por Durkheim es sin contradicción la más *típica* de la anomia progresiva. Se trata de individuos que “sin tener que quejarse de los hombres ni de las circunstancias, acaban por cansarse de una persecución sin defensa posible, donde sus deseos se irritan en vez de calmarse” (Durkheim, 1999: 248) - se sabe que, en este capítulo, los personajes literarios son los ejemplos de predilección de Durkheim-: “Se me acusa (...) de sobrepasar siempre el objetivo que puedo alcanzar: ay!, tan sólo busco un bien desconocido, cuyo instinto me persigue. *¿Es la culpa mía si por todas partes encuentro límites, si lo que ha terminado no tiene para mí ningún valor*” (Durkheim, 1999: 243)

Más tarde y fuera del contexto particular de El suicidio Durkheim verá sobre todo en el Fausto de Goethe la encarnación por excelencia de este “sentimiento del infinito” propio de la época contemporánea, que es una época triste, porque el pesimismo acompaña siempre las aspiraciones ilimitadas.

Cualquiera que sea el ejemplo mencionado se está en el *corazón* de la problemática durkhemiana de la anomia. El hombre no puede más que perderse en el infinito del deseo, porque la indeterminación del fin a alcanzar hace que el punto terminal se pierda de vista a medida que se avanza. La ilimitación de las aspiraciones lleva necesariamente a la frustración y al tormento.

En las tres situaciones “típicas” de la anomia progresiva descritas por Durkheim, la insatisfacción nace en el contexto de una movilidad ascendente propia a engendrar ilusiones que serán enseguida decepcionantes. A su vez, en los ejemplos que son debidos a la anomia regresiva -como la brusca depresión económica a nivel individual, el repentino reverso de la fortuna- son accidentes que sobrevienen sobre un fondo de anomia progresiva crónica. En esta visión no hay solución de

continuidad entre la brusca regresión y el fenómeno que esta evocado antes, por consiguiente, Durkheim falla en distinguir en sus manifestaciones individuales la anomia regresiva y la anomia progresiva.

Durkheim nota que no es necesario para manifestar la exasperación de la sensibilidad propia, como la anomia que se ha multiplicado al infinito en las experiencias amorosas vividas por Don Juan. Es fácil ver que esta posible objeción no lleva a nada. La indeterminación del fin y la iluminación de las aspiraciones, están a los ojos de Durkheim inútilmente ligadas, pues si hacemos referencia, por ejemplo, al casamiento, este da al deseo de amar un objeto rigurosamente definido que cierra el horizonte y pone un orden al deseo.

Para escapar al “mal del infinito” la actividad humana debe siempre tener un objeto preciso que la limite y la determine. La *disciplina* tiene por objeto asignar fines determinados que en un mismo golpe limiten el horizonte. Es por ella sola que se puede hacer aprender al niño a bordear sus apetitos, a limitarlo y, a la vez, es ella misma la que enseña a definir los objetos de su actividad. Parece en consecuencia, fuera de duda, que la ilimitación del deseo no es distinguible de la indeterminación del objeto de deseo lo que autoriza a considerar la anomia sexual o conyugal como una forma de anomia progresiva. Puede ser este allí un argumento suplementario para ver en la anomia progresiva la verdadera anomia.

Bibliografía:

- Besnard, Philippe (1987): *L'anomie*, París, Presses Universitaires de France.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean Claude, Passeron, Jean Claude (2002) : *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI
- Durkheim, Emilio (1973): *La división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire
- Durkheim, Emilio (1999): *El suicidio*, México D.F., Ediciones Coyoacán
- Foullié, Alfredo (1902): *La moral, el arte y la religión según Guyau*, Madrid, Librería de Fernando Fe.
- Giddens, Anthony (1998): *Capitalismo y la moderna teoría social. Un análisis de los escritos de Marx, Durkheim y Weber*, Barcelona, Colección Idea Universitaria.
- Heinz Hillmann, Kart (2001): *Diccionario Enciclopédico de Sociología*, Barcelona, Empresa Editorial Herder
- Portantiero, Juan Carlos (2004) : *La sociología clásica: Durkheim y Weber*, Buenos Aires, Editores de América Latina.
- Steiner, Philippe (2003): *La sociología de Durkheim*, Buenos Aires, Nueva Visión.